

Hernán Loyola. LOS PECADOS DE NERUDA. Santiago: Penguin Random House / Lumen, 2019: 342 pp.

En su último libro, Hernán Loyola, el mayor conocedor de la obra de Pablo Neruda en el mundo, recurre a la biografía del vate para contrarrestar los alegatos —y en algunos casos, ataques— que le han lanzado sus detractores por motivos ideológicos fundamentalmente. Entre ellos están: el poeta inútil, machista, fabulador, violador, mal marido, mal padre, plagiaro, insolente, abandonador, estalinista y burgués. La intención de Loyola se declara en el prólogo a este fascinante libro: “revisar y discutir —con la máxima honestidad intelectual que me sea humanamente posible dentro de la admiración del crítico y de la simpatía hacia el amigo inolvidable— las historias de las acusaciones más tenaces y difundidas en relación con maldades, defectos, vicios, culpas, yerros, infracciones, crueldades, delitos y alevosías que le han sido atribuidos a Pablo Neruda” (11). La idea no es retratarlo como un santo, ni mucho menos, sino de indagar en la vida del poeta para llenar vacíos, corregir las especulaciones, identificar los errores, y contradecir las lecturas voluntaristas de sus críticos. Loyola cree firmemente (y con razón) que la obra y la vida de Neruda se defienden a sí mismas y que al hacer una lectura pormenorizada de sus versos y la biografía, se desvanecen las ficciones generadas por críticos que han puesto al poeta bajo un microscopio.

En el primer capítulo, “Pecado original: El poeta inútil”, Loyola aborda el espinoso tema de la relación entre el hijo y su padre autoritario, José del Carmen. Ferroviario y conductor de trenes, el padre considera que los versos que escribe su hijo constituyen un vuelco hacia lo femenino y, como tal, busca introducirlo en su mundo para que sea “hombre”. Muy a pesar suyo, le ayuda a su hijo a descubrir el bosque que “fue un espacio de absorción activa, una fuente de *conocimiento*” (20). Así también le permitió ver el océano en que el joven “entrevió la vía para transformar el conocimiento en *acción*” (23). Así las cosas, el padre de Nefalí quiso enderezarlo por el ‘buen camino’ pero acabó alimentando la pasión del hijo por la poesía.

El segundo capítulo —“Pecado I: El poeta machista”— se inicia con el poema 15 de *Veinte poemas y una canción desesperada*, que en este último tiempo ha sido un tema candente de algunos críticos y del movimiento *Me too* en Chile por ser poemas en que se plasmaría el machismo del poeta. Si se toma en cuenta la relación de Neruda con la aludida en éstos y otros poemas, Albertina Azócar, se aclara que la descripción de ella en el poema 15 cuadra con sus propias características, la más renombrada de las cuales es su silencio: “Albertina, la silenciosa, fue una muchacha de poquísimas

palabras, quizá por su timidez o porque su familia represiva la acostumbró a callar” (31). Y, sin embargo, fue la “amante intensa, mórbida y morosamente sensual” que él había añorado. Y ese fervor ardiente, nos revela Loyola, llevó al vate a escribir “más de un centenar” de cartas entre 1923 y 1927. Esta obsesión amorosa y algo desesperada de Neruda, que se destaca en sus muchas cartas, así como en sus versos, dura hasta 1932 y demuestra sin lugar a dudas que es Albertina la que controla la relación y que se persigue al joven poeta como un fantasma, y no al revés.

En el tercer capítulo —“Pecado II: El poeta fabulador”— Loyola refuta brillantemente, por un lado, la teoría de Roanne Kantor de la inexistencia de Josie Bliss, así como su conjetura de que Neruda la sedujo con su estatus. Según Kantor, el mito de la amante birmana sería un cálculo para “*masajear el ego de Neruda*” (47). Si fue así, se pregunta el crítico chileno, ¿cómo explicar el hecho de que Neruda hubiera dejado pasar 33 años antes de revelar a su musa, no de un poema —como supone Kantor— sino de los ocho poemas dedicados a ella en *Residencia en la tierra*? Y ¿por qué diría Neruda en sus memorias que se enamoró “de una nativa” (53)? Con respecto del estatus y nivel económico, todo lector de las cartas a Héctor Eandi sabe que Neruda tenía escasos recursos cuando vivía en el Oriente. Desde esa óptica, las suposiciones de Kantor no se materializan. Por otro lado, el capítulo aborda los alegatos de Mark Eisner en su biografía reciente, reitera que Neruda sería un fabulador misógino. Sacando a luz la noche que pasaron Álvaro Hinojosa y Neruda con una mujer en París en 1927 —historia que cuenta en sus memorias— el biógrafo estadounidense comenta que no hay pruebas y que, por lo tanto, no se sabe si la “mujer consintió a tener sexo con Neruda o fue violada por él” (57). Aparte de misógino, a los ojos de Eisner, el bardo deviene racista y violador. A fin de cuentas, estas conjeturas, apunta certeramente Loyola, les sirven de arma ideológica-política a los antinerudistas. El siguiente capítulo, “Pecado III. El poeta violador”, sigue el hilo del anterior al centrarse en lo que sería el lado predatorio de Neruda y al enfocarse en cómo éste forzó a una bella joven tamil en el Oriente en 1929, tema de “una avalancha de ataques desde diversas trincheras ideológicas” (65). Después de poner un artículo que publicó Joaquín García Huidobro al respecto bajo escrutinio, Loyola declara convincentemente que el vate bien podría haberse llevado esa terrible experiencia a su tumba; sin embargo, décadas más tarde sintió tanto desprecio por lo que hizo que lo confesó en sus memorias en un acto desgarrador de arrepentimiento. García Huidobro sospecha que Neruda lo hizo porque era “un toro rico, poderoso, influyente, comunista, fuerte”, pero el poeta, como muy bien replica Loyola, no era “nada de eso” en 1929 (68).

El “Pecado VI. El poeta mal marido” aborda el tema de su vida conyugal con Maruca. A diferencia de aquéllos que lo acusan de abandonarla y maltratarla, Loyola sostiene que “hasta fines de 1936, o sea durante seis años, llevó adelante su responsabilidad —a ratos heroica— con Maruca pese a que reconoció poco después

del matrimonio que había cometido un error” (82, 84). Vuelve a Chile a los 27 años “sin dinero, sin trabajo, sin haber publicado su libro... y sin amor”, perseguido por eso mismo por el fantasma de Albertina Azócar constatado en “El fantasma del buque de carga” (86). Si su situación económica y profesional mejoró en Buenos Aires y luego en Madrid, y si hicieron una vida social en ambas ciudades, Neruda se sentía sumamente solo, como lo demuestra el poema “Walking around”, y buscó en la capital española la compañía de Delia del Carril, que lo fue instruyendo en el comunismo (101). Pero eso se dio en el momento en que Maruca quedó embarazada con Malva Marina, que viene a ser el enfoque del próximo capítulo: “Pecado V. El poeta como mal padre”. Tomando nota de varios testimonios de la época, Loyola contradice los asertos aventurados de Hagar Peeters, en su novela *Malva*, sobre el supuesto rechazo de su hija por parte del padre. Quien conoce la manera en que se enfrentaba con las crisis —en este caso la fragilidad y discapacidad de Malva Marina— sabe que Neruda se desahogaba por medio de sus versos, proceso que el biógrafo chileno detalla con detenimiento. Los testimonios de los amigos, en cambio, arrojan luz sobre el gran afecto y amor desatado que sentía por ella que se trasmite en la figura del pez: “Por eso nunca volvió a nombrar a su hija sino bajo esta forma, siempre visible desde entonces en las ediciones de sus libros y en la bandera que flamea en la torre de la casa de Isla Negra” (124).

“Pecado VI. El poeta plagiario” cambia de rumbo en algo al examinar el tema del plagio, no como algo verídico —se trataba de una paráfrasis de Tagore— sino como síntoma de la insidiosa envidia que devora a Pablo de Rokha y a Vicente Huidobro en la lucha intestina en el mundo poético chileno. Las acusaciones desquiciadas impartidas por de Rokha son una cosa, las de Huidobro en cambio fueron denunciadas por su ex acólito Volodia Teitelboim (142). “El Pecado VII. El poeta insolente” sigue con el drama conjurado por Huidobro y de Rokha ante la defensa de Neruda hecha por los integrantes de la Generación del 27. El poeta hizo caso omiso de los ataques hasta que desató su furia en “Aquí esto”, en el que “desnudó la hipocresía de la pseudocrítica que, con estilos diversos, habían puesto en juego De Rokha y Huidobro para aniquilar a Neruda” (153). Es así que se enfrentó con sus agresores con sinceridad e insolencia.

“Pecado VIII. El pecado abandonador” vuelve al asunto de Malva Marina y la Maruca. En plena guerra civil en España, aclara el biógrafo, Neruda las mandó a Montecarlo para salvarlas del peligro. Claro, se trataba también de estar con Delia, pero como apunta en una carta a ésta, era primordial mantenerlas a Maruca y su hija (161, 164). Y en efecto, logró trasladarlas (en 1937) a La Haya, donde, a diferencia de lo que afirma el biógrafo David Schidlowsky, le consiguió un trabajo a la Maruca en la Legación de la República de España en Holanda (168, 174). Y en 1939 fue a verlas dos veces más, momento en el que “Neruda le aseguró su apoyo” (177), que continuó aun después del divorcio (179). Como señala Loyola, con irrefutables

pruebas documentales, la siguió ayudando en los años 40, incluso cuando vivía en la clandestinidad (180-181).

En el capítulo más largo del libro, “Pecado mortal. El poeta estalinista”, Loyola traza la evolución política de Neruda con aun más detalle que lo ha hecho en otros libros. Va del anarquismo a una asociación con el comunismo en Oriente, pero en particular en España durante la guerra civil, al apoyo a la URSS y el bloque socialista durante la segunda guerra mundial y extendiéndose hasta la crisis de 1956, momento en el cual hace una autocrítica y critica al estalinismo y desemboca en su apoyo al socialismo democrático de Salvador Allende. En ese sentido desmiente la teoría de varios reconocidos críticos nerudianos que afirman que Neruda pasó por un despertar político —parecido a una experiencia religiosa según, por ejemplo, Enrico Mario Santi y Emir Rodríguez Monegal. El capítulo cierra con el testimonio personal y conmovedor de lo que Loyola llama la “última batalla del poeta comunista” (229): su funeral días después del golpe de estado y el cortejo que se formó —entre los que figuraba el autor de este libro— y los gritos a favor del compañero Pablo Neruda.

Y el libro con el capítulo más breve, “Un pecado extra. El poeta burgués”, denuncia que se ha repetido sin cansancio entre los antinerudistas y los anticomunistas tanto en Chile como fuera del país hace décadas. Basta aquí una cita de una entrevista con Neruda, el entonces candidato a la presidencia en 1969, para despachar la acusación: “Durante la última campaña electoral yo recorrí desde San Felipe hasta Aysén hablando en los caminos, en los mercados, en las plazas y en las escuelas. ¿Esto lo hace un poeta burgués? ¿Es esto quedarse cómodamente sentado viendo cómo pasa la revolución? Esos que me acusan, vamos comparando, ¿qué hacen ellos y qué hago yo?” (233).

A lo largo de *Los pecados de Neruda* el gran crítico chileno proporciona cartas, testimonios (del mismo vate y otros), poemas y recurre a base de datos que tiene a su disposición, a saber, su profundo conocimiento de la obra y vida de Neruda y sus propios escritos, entre ellos, las obras completas, la Edición Cátedra de *Residencia en la tierra*, y las biografías. Como si eso fuera poco, viene un anexo con los poemas enteros a los cuales se refiere a lo largo del libro, amén de los valiosísimos archivos sobre Josie Bliss (250-285), las notas y la bibliografía. Así las cosas, considero que este libro es indispensable para todo crítico, estudiante o lector que quiera conocer la obra nerudiana. Tanto así que lo estoy traduciendo al inglés y se va a publicar el año que viene. Cortázar decía que siempre quería que sus cuentos se defendieran “como un gato panza arriba”; lo mismo se puede decir de este libro.

Greg Dawes
North Carolina State University

Yanko González Cangas. LOS MÁS ORDENADITOS: FASCISMO Y JUVENTUD EN LA DICTADURA DE PINOCHET. Santiago: Editorial Hueders, 2020: 357 pp.

Luego de treinta años de la recuperación de la democracia en Chile, desde cierto punto de vista, es posible pensar que ya mucho se ha escrito, estudiado y publicado acerca de los oscuros años de la dictadura cívico militar que Chile vivió entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. No obstante, la aparición de nuevos estudios pareciera demostrar que aún existen aspectos que precisan la atención de la investigación académica. Es en este espacio donde es posible ubicar el libro del antropólogo, profesor de la Universidad Austral de Chile, Yanko González Cangas, titulado *Los más ordenaditos: fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*, publicado en agosto de 2020. Un volumen cardinal para comprender una parte de la historia de las casi dos décadas de un gobierno de facto, personalizado en la figura de Augusto Pinochet, entre 1973 y 1990.

El libro de Yanko González se centra en el proceso que la juventud de la época vive. No desde la perspectiva de un recorrido orgánico y multifactorial de la sociedad chilena, sino a partir de la senda diseñada, proyectada y aplicada a partir de la colaboración del joven político de la época, Jaime Guzmán Errázuriz (1946-1991), quien a los pocos meses del golpe de estado le entrega a la Junta Militar un memorándum titulado: “Para conquistar el apoyo juvenil”. Un documento imprescindible, que el libro de Yanko González divulga, en parte, como anexo, y que sirve de prueba de lo que se implementó en Chile como programa político a través de la Secretaría Nacional de la Juventud (1973-1991) y su presencia a nivel nacional y regional, urbano, pero también rural, desde el nivel central. Mientras, a nivel cívico y social, se impulsaba su expansión por medio del Frente Juvenil de Unidad Nacional (1973-1983), el que luego, con la vuelta a la democracia, se fusionaría con los segmentos jóvenes del partido Unión Demócrata Independiente en 1989.

Los más ordenaditos resulta un recorrido épico por la experiencia de la juventud de Chile y es un complemento necesario a la hora de buscar comprender, no solo el proceso vivido en dictadura por los sectores juveniles de la sociedad chilena, sino también los giros y reveses que vivirá la democracia en estos treinta años recientes. La fuerza de un proceso que pareciera estrictamente social, pero que tiene una estructura ideológica ligada a modelos tomados del fascismo histórico europeo (Italia, Alemania, España), y que tenía como objetivo conducir a un grupo importante del país hacia los objetivos centrales del proyecto político que Jaime Guzmán Errázuriz había imaginado

para un Chile, bajo los lineamientos de lo que se conoce como movimiento gremialista. Estos principios políticos tienen un antecedente principal en la investigación de Yanko González, especialmente en la admiración que profesaba Jaime Guzmán Errázuriz por el régimen de Francisco Franco en España y que perduró entre los años 1936 y 1975. Régimen que había desarrollado una amplia política pública respecto de la juventud como eje de penetración de la ideología conservadora, fundada en un catolicismo ultraconservador ampliado a esferas políticas más allá de la fe, y con rasgos nacionalistas radicales, que tenían entre otros fundamentos el corporativismo y la subsidiariedad, en un modelo de estado nacional con especial énfasis anticomunista. En el caso de Chile, estos parámetros son transferidos a jóvenes como Jaime Guzmán Errázuriz y otros, por influencia del pensamiento del sacerdote Osvaldo Lira SS. CC. (1904-1996), líder chileno de ideología declaradamente conservadora, corporativista, hispanófila, carlista y opositora del Concilio Vaticano II.

El encabalgamiento de los capítulos del libro *Los más ordenaditos* avanza siguiendo las vivencias de un programa político específico, apoyado además por variados y valiosos testimonios de quienes fueron los líderes juveniles de aquellos años, junto a las voces que los documentos y entrevistas de la época van aportando. Hoy la mayoría de quienes acompañaron esas manifestaciones de activismo juvenil, centrado en aspectos culturales, folklóricos, deportivos y artísticos, ya son personas sobre los sesenta años. Los jóvenes de antes, que asistieron a actos como Chacarillas y su homilía de antorchas en la noche invernal que celebraba la valentía de los mártires del Batalla de la Concepción (1882), vivenciaron los rasgos estéticos propios de ritos y performances del fascismo de Benito Mussolini y Adolf Hitler, que lindan con los de una religiosidad laica. La figura del héroe anónimo que entrega la vida por la patria, buscaba cambiar la lógica del jipismo, asociado a la izquierda de los pelos largos y la vestimenta sugerente de los cuerpos, por una formalidad e higiene virtuosa de imaginarios responsables, alejados de las drogas y la libertad sexual, que había marcado el paso de los sesenta a los setenta del siglo XX.

Las voces que son convocadas en estas páginas, el testimonio, insisto, es elocuente. Hace justicia a la inteligencia de Jaime Guzmán Errázuriz y la fuerza de su pensamiento político, pero además reconoce la potencia de un modelo de juventud que no puede ser reducido a una suerte de efecto colateral de la dictadura militar. Sino que, como este estudio antropológico lo demuestra, obedece a lo que se implementó, con mayor o menor éxito en todos los años en que dicho modelo se aplicó a través de la política pública para la juventud. Hoy esos mismos sesgos podemos verlos emerger en algunos diseños que suponemos reescritos en tiempos de democracia, pero si leemos atentamente el libro de Yanko González los reconoceremos en el diseño que hoy puede identificarse en aspectos propios de la política de sectores medios, como por ejemplo en las leyes que crean los ministerios de Cultura, de Ciencia, de Educación y del Deporte, por cierto. Obviamente hay una distancia y un cambio de perspectiva,

pero la división gremial de intereses, de grupos y de colectivos, está ahí. La forma en que gran parte de la política se basa en el principio de competir para acceder a los beneficios sigue moldeando la forma de aplicar la subsidiariedad bajo principios cercanos a los de ese memorándum de 1973. El hecho de que grupos de jóvenes se hayan alzado en 2011 y más recientemente en 2019, en octubre, con demandas específicas, nos recuerdan que la discusión no está resuelta. El libro hace pensar a los lectores sobre las propias posiciones, sobre la profundidad con que las bases políticas del diseño proyectado por Jaime Guzmán Errázuriz caló en los jóvenes de ese tiempo y que hoy aun vemos en las principales testeras institucionales del Estado chileno. Los nombres se pueden seguir en la trama del libro y no deja de sorprender cómo se repiten. Aunque, por cierto, también faltan otros que en ese momento fueron actores secundarios, pero que hoy son parte de los grupos de poder de un país en que se sabe que la meritocracia tiene sus propias leyes.

La lectura del estudio del profesor Yanko González es elocuente en toda la dimensión del adjetivo, porque muestra, al mismo tiempo, la capacidad transformadora de la política pública, en este caso para la juventud, así como la instalación de una ideología concreta. Al mismo tiempo que muestra la radicalidad de unos años que son más que solo la aplicación de un programa para los jóvenes de Chile. Aspectos como la palingenesia de las formas, la estética de una efebofilia con rasgos nazi-fascista son impresionantes a lo largo del libro. Los testimonios de figuras centrales en la concepción de los actos, las reuniones y las celebraciones que la Secretaría de la Juventud impulsó en esos años recuerdan—en la voz de Vittorio de Girolamo (Roma, 1928)— las bases de un programa ceremonial que buscaba apoyar un proceso, no solo políticamente, sino además estética y performativamente. El libro retrata el transcurso frustrado desde un autoritarismo castrense a un totalitarismo con partido único y más allá, como sí se dio en otros países de Europa que ya nombramos. La escritura de González Cangas acierta en la agudeza y foco que Jaime Guzmán Errázuriz imaginaba, sin permitirse ninguna caricatura ni reduccionismo fútil en que algunas críticas del régimen de Pinochet lo asimilan a la brutalidad y a la lógica de los dictadores “gorilas”. El autor reconoce el proceso de herencia que las cúpulas de poder estaban imaginando para el futuro de Chile y que los hechos luego truncarán: primero con la muerte de Francisco Franco y luego, a nivel local, con la recesión económica (1982) y las protestas y manifestaciones contra el régimen a partir del año 1983.

Hay en la voz de Yanko González—reconocido poeta, además de académico— el vaticinio que precisa ser atendido en esta historia que nos relata, porque no se trata solo del pasado, sino, precisamente, de esa política juvenil que hoy es parte de los fundamentos del presente de Chile. Recordemos el dicho popular: lo heredado no se hurta.

Pablo Chiuminatto
Pontificia Universidad Católica de Chile